El Llanto Sempiterno del Cerdo

João-Clóvis Bruselas

Capítulo 1

El Llanto Sempiterno del Cerdo El campo de los parientes en el sur de la provincia de Buenos Aires era un lugar al que Carlos no solía ir demasiado, ¿qué joven de quince años de cualquier ciudad del mundo gustaría de estar rodeado de animales y familiares durante varios días sin tener contacto con el resto de la sociedad? Ninguno. Como cualquier otro adolescente él quería ir a ver a sus amigos, salir al cine, comer algo e intentar conquistar a una chica en algún shopping, en alguna playa o en una fiesta en la que se encontrara. Pero no, allí estaba, en ese lugar dónde el tiempo era interminable y se repetía siempre lo mismo, las vacas pastoreaban, las gallinas cacareaban sin parar, los perros ladraban y el sol de verano fulminaba las ganas de hacer cualquier cosa porque no había nada cerca, ni bosquecito ni río o arroyo, al estilo novela británica del siglo diecinueve, que permitiera, al menos, oler algún aroma de tinte petricor. Era tal el bodrio que parecía que los relojes atrasaban siempre, en ese momento las horas eran como días que estiraban el tiempo para que la idea de suicidio sea la mejor alternativa del verano.

Imposible decirle que no a los parientes que invitaban a pasar unos días allí, como si rechazar la invitación fuera una puñalada en el corazón de la familia, afectando más a su mamá, que ansiaba sacarlo de su rutina. La playa nunca parecía ser, para la familia, una opción para los días infernales del verano en esa zona del sur de Buenos Aires, el campo era lo cómodo y lo casi gratis. No había dinero para las vacaciones en el mar de sus sueños, por eso el plan económico de cada temporada estival era siempre ir a visitar familiares y quedarse allí para después volver a la rutina anual de la escuela y los deberes, la humillación de tomar el mismo bus todos los días, mientras el alba se sucedía invisible detrás de los edificios y regresar todas las tardes casi por la noche llena de melancolía del día que se se había ido. En esa época el sol es una ataraxia que se antoja fugaz por entre las ventanas de un aula o de un colectivo, si la luz lo sorprendía desprevenido en la calle ra señal de que estaba llegando, de forma inefable, tarde a algún lado o porque había decidido faltar a la escuela y hacer un picnic en algún parque con sus compañeros. El año pasado había hecho demasiadas escapadas, si no fuera porque alguien siempre se robaba el parte de los presentes nunca hubiera podido terminar el año y comenzar otro sin repetir el curso. El premio por ser un sagaz equilibrista escolar, que aprobaba todas las materias, era pasar enero en el campo, “muy entretenido” pensó, por suerte, como le gustaba mucho leer, había cargado con uno de sus libros, elegido entre los autores por él aún desconocidos, Ana Karenina de Tolstoi. Así que lo abrió esa tarde, la primera, en la que se encontró de siesta en el cuarto de

invitados, comenzó a ojear las delgadas hojas en letras minúsculas. Había escogido el libro por su tamaño y largor, más de mil hojas, para que le durara toda la estancia en el campo, pero así como estaba escrito calculó que demoraría mucho más del mes en el que estaría confinado en el campo. Para colmo estaba lleno de nombres, muchos nombres rusos, personajes etéreos y altaneros que se iban con las palabras y re aparecían más adelante, engaños amorosos durante largos capítulos redactados por un ruso problemático y un traductor que debe haber hecho lo que pudo.

Así y todo le gustó el comienzo, no sólo para contrariar a la bibliotecaria que le había sugerido algo de Sandokán y los Tigres de la Malasia, como si tuviera siete años, sino porque no había un enrosque literario y soporífero como el de Borges, con el que a duras penas y con mucho esfuerzo terminaba algún cuento, eso si, a la hora de opinar siempre decía que era un genio.

Después de la efervescente siesta acompañó a su tío a dar una recorrida con el tractor, él manejó un poco, con permiso de su familiar, hasta que se llevó puesto un alambre que dividía dónde pastoreaban las vacas con donde no debían hacerlo. Lejos de enojarse, su tío bajó reparó lo derribado con una perenne paciencia en cinco minutos, luego siguieron camino al monte, en dónde debían buscar leña para los asados que estaban venir. Allí se dispusieron a cargar el carro, enganchado en el tractor, con troncos y ramas hasta bien entrada la noche, en un momento de concentración, cuando ya se hacía presente el arrebol, no se percató que su tío ya no estaba más, comenzó a llamarlo sin que obtuviera más respuesta que la del viento agitando las copas de los eucaliptos. Miró el descampado pero no vio nada más que vacas, la casa de su familia con la luz encendida y detrás una luna que comenzaba a dar la señal para que ya oscureciera. Un susurro, cual mensaje de alguna Epifanía, comenzó a llamarlo por su nombre, no parecía estar muy lejos ya que era tenue, agudo e insistente, por lo que se escuchaba nítidamente pero muy bajo, el respondió llamando a su tío por su nombre, después escuchó un grito y una caída, Carlos retrocedió y se acercó al tractor, tomó el hacha, que siempre estaba debajo del asiento con sus dos manos y esperó lo peor, algún bicho raro que quisiera cazarlo o algún croto asesino refugiado entre el silbido de los árboles Siguió llamando a su tío y éste nada respondía, la iniciada oscuridad iba haciéndose más presente entre la profundidad del monte. Comenzó a avanzar esperando dar con su pariente o algún rastro de algo, volvió a escuchar un susurro que lo llamaba y se estremeció como si fuera Odiseo frente a un canto de sirenas que lo llevaría a un desenlace bajo el mar, tomó con más fuerza el hacha y caminó suponiendo que estaría en peligro de muerte y que alguien más podría estar esperando por él. Vio una sombra detrás de uno de los delgados y altos eucaliptos y se acercó con un temor que le aumentaba el peso de las piernas hasta sentir que arrastraba el peso de otro ser humano, caminó hasta allí con el arma asegurada en sus manos, moviéndose rápidamente, esperando un enemigo desconocido. Al llegar se encontró a su tío en el

suelo, en posición fetal, parecía inconsciente, cuando estuvo a un palmo de él éste se levanto de prisa hacía su cuerpo, dando un alarido y corriendo hacia él, Carlos se mantuvo ágil y tranquilo y blandió el hacha hacía él, su tío logró frenarse y esquivar el primer hachazo, en el segundo sintió desprenderse un botón azul de su camisa, ahí fue se asustó y tuvo que gritar repetidas veces que era una broma para que Carlos no intentara clavarle el filoso metal en el cuerpo. Cuando el joven volvió en si dejó de esgrimir su hacha y se quedó observándolo sin comprender si había o no peligro de muerte. Su tío comenzó a reír nerviosamente después del susto, pero no era una risa de disfrute de la broma, era de esas risas que nacían desde la humillación y querían dejar en ridículo al otro, forzada, agresiva, grotesca e innecesaria, se había transformado en un imbécil con la intención de forzar la gracia, su sobrino se debatió fuertemente si darle un sablazo de gracia podría justificarlo frente a su familia y la policía. Lastimosamente no lo hizo, y al no hacerlo no pudo evitar la muerte a una de sus primas que sucedería unos días después..

Regresaron a la casa en silencio, ya con la vista perdida en el camino palpable pero inexistente, con el horizonte que dejaba ver los restos de luz de un sol que agonizaba dejando una estela violácea dandole paso a las primeras luces incandescentes de las estrellas, que en las noches descampadas dominaban el paisaje cual luciérnagas estáticas.

Su tío manejaba dando giros rápidos y constantes que le permitían guiarse por el improvisado camino inexistente, al llegar a un sector le pidió a Carlos, sin mirarlo, que le abriera la tranquera improvisada con tres alambres tirantes, él bajó sin responderle y se dispuso a destrabar una de las puntas del tejido para que cediera y cayera para que así el tractor pudiera pasar por encima y luego él volviera a colocar los alambres. Hizo lo correcto y el alambre cedió, pero lo hizo de tal forma que no quedó al ras del suelo, sino que estaba doblado en el medio creando una especie de panza, cual boa que se devoró un elefante, que haría que el tractor se enganchara y lo arrastrara por todo el trayecto. Se abalanzó rápidamente sin notar que el tractor estaba en marcha y avanzaba a paso lento pero firme, sintió el ruido del motor un poco tarde, cuando ya lo tenía encima, rápidamente pudo dar una vuelta carnero y tirarse a un costado esquivando el tractor. Se dó unos segundos sentado mirando como pasaba el tractor, que luego se detuvo a esperarlo, su tío se asomó por la ventanilla y le gritó que se apurara y que deje de estar jugando que ya era tarde para comer. Acomodó la tranquera y se incorporó al tractor, su tío no dijo nada, ni parecía que se hubiera percatado de lo que había sucedido. Él tampoco dijo nada porque pensó que quizás había sido su culpa por no avisar o por no correrse a tiempo, quizás era mejor callar que recibir un castigo verbal por haber hecho alguna acción imprudente, quizás su tío no recordara lo sucedido, pero… pensó ¿y si en realidad había sido otra de sus bromas, cabía la posibilidad de que se hubiera vuelto un sádico de las bromas tenebrosas o sólo había sido aquella en el monte y esto de ahora era sólo una casualidad, un

accidente, por la poca luz, que salió bien de casualidad? Quizás haya sido un hecho fortuito porque su tío podría tener el humor burdo de cualquier campesino con un citadino pero eso no quería decir que llegara al nivel de hacer correr peligro su propia vida. Carlos pensó que seguro fue un error entre ambos, se apoyó en ésta teoría final que lo terminó de tranquilizar, más aún cuando sintió el abrazo de sus tres primas que lo recibieron con el amor que siempre le daban. En todo momento estaban cerca de él y querían jugar y hablarle cada vez que podían, a la hora de alguna comida se disputaban siempre el lugar a su lado, él no comprendía tanto amor y a veces se sentía un poco agobiado por tanto cariño pero esa noche se refugió en ellas.

Después de cenar se dispuso a continuar con el culebrón de Tolstoi, deambuló entre engaños, propuestas de casamientos y el accidente de un obrero que cayó en las vías del tren en Moscú, se compenetró en cada hoja eterna del realismo ruso que detallaba tan bien todo que con poca imaginación era fácil imaginar ese mundo nevado de la Rusia de hacía mas de un siglo atrás, la que se adentraba en los comienzos del capitalismo moderno. Era tal la concentración que no fue sino después de un rato que se percató que otra vez escuchaba lo mismo que había oído en el monte, un susurro provenía desde el de la habitación cuál megáfono oxidado. El cuarto era un rectángulo grande, de unos ocho metros por tres metros, que la familia usaba como depósito de carne, en el fondo habían dos puertas, una daba al afuera y otra daba a un pequeño baño, desde allí se escuchaba el susurro que decía su nombre repetidas veces, de forma pausada, calma e insistente pero con un dejo de chirrido insoportable. Cerró el libro y se sentó en su cama mirando hacía el fondo, otra vez su tío haciendo la misma broma pensó, volvió a acostarse y a intentar leer mientras sentía movimientos a lo lejos, giró su cabeza y vio la puerta entreabierta. Se levantó nuevamente y se acercó a la puerta, cuando se encontraba a pocos centímetros de tomar el picaporte la puerta se cerró bruscamente. Intentó abrirla pero esta estaba fuertemente trabada, parecía que alguien apretaba con fuerza el picaporte desde adentro para que no abriera desde afuera. Carlos intentó abrirla con todas sus fuerzas y logró una apertura de unos centímetros poco antes de que otra fuerza contraria la cerrara fuertemente otra vez, varías veces forcejearon, abrieron y cerraron la puerta provocando grandes ruidos que se escuchaban en toda la casa. La puerta de su habitación, la que estaba al otro extremo del cuarto y comunicaba con el resto de la casa, tembló de una forma violenta y se abrió velozmente de par en par, a través de la luz vio una figura que entraba y se dirigía hacia él. Carlos, por un instante, dudó en lo que debía hacer, solo atinó en preguntar quien andaba allí, la silueta siguió acercándose hacia él sin emitir ninguna respuesta, él le gritó de nuevo y estuvo a punto de abalanzarse sobre ella pero la figura lo tomó del brazo preguntándole con enojo que estaba haciendo, él no pudo responder ni aún cuando descubrió que la silueta era la de su tía que le gritaba algo que a él le sonaba como reverberante y con eco saliendo de una superficie de chapa. Su tía lo apartó hacia el costado y abrió la puerta

del baño para luego tomar las manos de su prima que se mantenía parada y rígida, tomando el picaporte con firmeza. Mientras tomaba a su hija entre los brazos, lo miró y le susurró un reto por haber olvidado que su prima era onámbula, que se levantaba y caminaba por la casa dormida, luego lo envió a su cama sin importarle que él le dijera que nunca le habían dicho nada sobre el estado de sonambulismo de su prima. Se marcharon lentamente mientras su prima decía incongruencias dignas de quienes asisten a escuelas católicas, como que no quería ir a la escuela esa mañana porque quería arar los terrenos áridos hasta el horizonte en el que se encontraba con Jesús. En un segundo la noche volvió a ser silenciosa, se quedó sólo nuevamente, abrió la puerta del baño, que no opuso resistencia, y notó que no había nadie más allí, su prima mayor sonámbula era la respuesta paranormal a otra de las varias secuencias extrañas de los días en el campo, aunque no había explicación congruente a los susurros que repetían su nombre. Regresó a su cama pensando en ello y se recostó con su libro, tuvo que volver a leer varias veces las mismas páginas ya que no lograba recordar lo que decían cada vez que acababa con ellas, no podía dejar de pensar en lo sucedido, con el correr de los minutos se fue relajando hasta que finalmente se durmió oyendo el mugir de vacas y taconeo de los grillos buscando parejas.

Cuando despertó sintió ruidos en la cocina y repiqueteos de pies que sonaban estruendoso y se acercaban a paso veloz hacía él, al incorporarse sintió como su prima menor se abalanzaba y lo tomaba del brazo para sacarlo de la cama a la fuerza. Lo llevaba arrastrando hacia la mesa en donde su tía y sus primas mayores estaban sirviendo el desayuno, le ofrecieron huevos, mantequilla, queso, leche, mermelada y pan. Sólo tomó el pan y lo remojó en el café. Le volvieron a ofrecer todo lo anterior y el rechazó suavemente diciendo que no comía ningún derivado de animales, ya había explicado el asunto la noche anterior pero sus familiares no lograron discernir que los lácteos eran parte de eso también, así que dejaron de ofrecerle esas cosas, no sin antes mover la cabeza en señal de contrariedad y desacuerdo con el vegetarianismo. Luego preguntaban el por qué lo hacía mientras le explicaban que se iba a quedar sin las proteínas que le daba la arne y otras cosas sin sentido que suelen decir aquellos que no entienden lo que los otros hacen, mucho menos de la nutrición.

El día pasó de manera normal, aburrido, con relojes persistentes en mostrar el lento pasar del tiempo que se mantenía fuerte e incómodo. Nadie hizo alusión a lo sucedido la noche anterior, todo fue demasiado tranquilo hasta que por la tarde su tío lo llevó a un lugar que, según le dijo, le iba a gustar. Fueron hasta el fondo de la hectárea del campo, hasta el galpón dónde se encontraban los chanchos que habían llevado para carnear, él lo sabía bien porque siempre lo hacían ahí y aún recordaba que de chico se escuchaban los chillidos de los chanchos mientras eran apuñalados en la panza para morir desangrados. Siempre le llamó la atención que sus padres, cuando iban de visita al campo,

charlaran y tomaran mates mientras esos sucesos se daban a pocos metros, como si nada fuera de lo normal sucediera, como si estuvieran de visita en la casa de algún vecino de un campo de concentración y tortura y no tomarlo como algo cuestionable sino que lo que realmente molestaba fuera el llanto de los desangrados. Cuando llegaron se encontró con que habían más personas allí, peones de otros campos que aparentemente se reunían siempre a hacer la faena, todos vestían camisas blancas y pañuelos al cuello, la mayoría de colores azules o verdes, bombacha de campo marrón o verde y alpargatas negras o bordó, cual uniforme del KKK, la mayoría estaba más o menos igual de sucios, la mierda y el barro era lo común en sus ropas y en los olores que desprendían, tomaban vino y fumaban tabaco armado y sin filtro, como antes. Carlos los saludó uno a uno con la mano mientras le sonreían. El momento esperado no se demoró en llegar, su tío les contó sobre su vegetarianismo, no se tardó el primer paisano en hacer un chiste sobre una zanahoria y todos comenzaron a reír. La gente de campo tiene mucha facilidad para reírse, no importa si es o no gracioso, uno puede hacer una onomatopeya y reír que ellos seguirán ese camino sin preguntarse el por qué, muchas veces se había encontrado en la mesa con us familiares contando anécdotas con amigos y no fueron pocas las veces que debía esperar a que pararan de reír de cualquier cosa para continuar la historia, se sentía muy bien eso, hasta que luego volvía a la ciudad y nadie festeja tan fácil una anécdota, a menos que se tuviera un nivel superlativo de humor, en la ciudad nadie mayor de diez años se ríe de cosas básicas. Se dispusieron a comenzar, su tío lo miró y él le hizo un gesto con la cabeza para irse, cuando se dio media vuelta con intención de caminar éste lo agarró del brazo y lo llevó hasta adentro, lo sentó en una silla y le dijo que mirara lo que iba a suceder, algunos peones le recriminaron esto y otros le dijeron que era la única forma de hacerlo un hombre porque ya tenía edad para ser eso, un hombre, no logró entender el porque ese hecho horroroso lo haría tal cosa. Si era un hombre entonces podría fumar y tomar, pidió un cigarro y un vaso de vino pero su tío no le permitió ser más hombre que el de su creencia, un hombre come carne y mata al animal que será su comida, alguno ya medio bebido vitoreó eso como si fuera una verdad absoluta recitada por algún payador de jineteada. Entre varios enlazaron al primer cerdo y lo colgaron, otro clavó la primer facada sin siquiera avisar a los demás, como si agarrara una aceituna de la picada o cambiara un canal de la televisión, no valía nada la vida de los animales. El chancho comenzó a contorsionarse y transformarse en diferentes formas, cómo si el cuerpo quisiera escapar del dolor intenso en el epílogo de la vida, con la vergüenza de hacerlo colgado ante la carcajada de peones borrachos e ignorantes de empatía con la vida.

Chorreaba una sangre dura, espesa, apenas liquida, y caliente por doquier mientras sus chillidos llenaban el ambiente, parecía que no iban a acabar nunca sus gemidos desgarradores que lo llevaban al final por un camino tenebroso de dolor, si uno no mira parecía el llanto de un bebé cuando es imposible de calmar, casi como si apuñalaran a un recién nacido. Pero no

era un bebé, era un cerdo encontrándose con la muerte mientras sus asesinos, y los cómplices, se servían un vaso con su sangre todavía caliente. La sangre horreaba hacía el piso en donde había vestigios de varias acciones similares a lo largo del tiempo, quizás Roca había matado cerdos allí mientras hacían la conquista del desierto y se llevaban miles de vidas indígenas de la misma forma, despreciando la vida.

En el medio de la algarabía repentina se comenzaron a escuchar diferentes tipos de ruidos en el techo del galpón, vientos fuertes que arrastraban alguna chapa y piedras que parecían caer en azotes continuos e imparables, a todos les pareció raro ya que el día estaba despejado, esa tormenta no estaba a la vista de nadie y menos aún se esperaba que cayera piedra sin llover. Una puerta se abrió violentamente, partiendo al medio a uno de los peones que miraba hacía afuera por uno de los agujeros oxidados de la delgada pared, en el estruendo Carlos se sobrecogió en la silla sin poder creer lo que sus ojos veían, el temor aumentó cuando ya no podía creer ni entender lo que sus oídos escuchaban, eran los susurros que nuevamente que clamaban su nombre con énfasis. Un peón, borracho y asustado, se distrajo y dejo destrabada la puerta del corral en dónde estaban atrapados los animales, uno de los cerdos golpeó esa puerta y, junto a otros dos, buscaron el camino de la libertad. Un paisano intentó frenarlos pero no consiguió ver nada en el ambiente viciado por la revuelta de pasto y viento que volaba entintando todo de un color marrón oscuro.

Para colmo lo distraía el susurro que recitaba el nombre del chico de la ciudad y llenaba el fondo de los altos techos del lugar. Los chanchos querían escapar pero también querían venganza, como un tropel chocaron contra el paisano que, según se vio en su rostro, se arrepintió de su osadía, el primer cerdo lo agarró al medio de la panza y lo tumbó en un instante tan veloz que no se pudo ver la caída, simplemente el gaucho pasó de estar de pie a estar tirado en el suelo sin una secuencia de continuación animada, cómo si faltaran varios fotogramas en una película. El primer animal rodó hasta los pies de otro paisano que miraba incrédulo y sin reacción, el segundo saltó a la cara del hombre caído y le arrancó un ojo y parte de la nariz, el tercero y el cuarto saltaron sobre el incrédulo y se levaron el mismo festín más los labios de una boca violácea por el vino, después, en medio de los susurros abominables, de los ruidos de puertas que se golpeaban incesantemente y la mugre que flotaba en el aire, los animales se escaparon por un alambre convenientemente caído al costado del galpón construido enteramente de chapas.

Varios de los presentes intentaron ayudar a los hombres roídos, que perdían sangre a borbotones, pero no había pañuelo que pudiera tapar el hilo de sangre que fue a parar a un vaso con vino que estaba en el piso hasta llenarlo completamente. Después sobrevino la calma, el susurro y el viento se fueron apagando mientras dejaban atrás dos cadáveres en el piso y el estupor de los paisanos que no podían salir del asombro por lo

ocurrido en el último minuto. La sangre humana se mezclaba con las del porcino colgado y acuchillado que aún emitía algún leve sonido de dolor. Dejó de respirar al mismo tiempo que los susurros desaparecieron y la calma volvió entre los presentes. El cerdo por fin había muerto.

Por la noche la mesa en donde cenaba la familia era un velorio, aún así a nadie se le ocurrió suspender la cena y comer un poco de esto y otro poco de aquello para picar sin necesidad de juntar a una familia asustada por los hechos recientes. Las primas no paraban de llorar, el tío contaba las peripecias que tuvieron que hacer para tirar a los hombres en la caja de la camioneta y llevarlos hasta el hospital del pueblo más cercano, a una hora, dónde llegaron muertos, lógicamente, como ya estaban al momento de partir hacia la ciudad. Carlos no se sentía afligido, no conocía a aquellas personas y, a decir verdad, le causaba menos importancia que haber visto como asesinaban al cerdo impune y salvajemente, no había una vida más valiosa que otra. Los chanchos escaparon pero fueron encontrados en el siguiente alambrado unas horas después, por dónde no pudieron huir a pesar de haber mordisqueado el alambre electrificado, se auto lesionaron la boca intentando escapar, como si supieran que era eso o la muerte a escopetazo seco que obrevino minutos después cuando el tío los encontró. Los cerdos murierion llorando, estoicos ante lo inevitable, con lágrimas arenosas que dolían como si fueran piedras en los riñones que brotaban como burbujas que se elevaban al viento para transformarse en un llanto mondo lleno de lluvia que regaba el trigo amarillento y verdoso que se pudriría en cada pan hediento en la boca de quien osara morderlo. La tía retiró los platos y rechazó de forma seca, como si fuera un reto coherente, la ayuda que le quisieron brindar hijas y sobrino.

A media noche Carlos estaba nuevamente en la cama leyendo todavía los primeros capítulos del libro que no es que fuera interminable, más bien era imposible de avanzar después del principio, por más que leyera horas y horas parecía que nunca avanzaba entres las pálidos fieltros finos similares a hojas de biblias horrendas, antiguas y cargadas de falso misticismo. La noche estaba apacible, casi sin ningún sonido, como si el tiempo hubiera sido atrapado dentro de una botella y quedara allí todo el momento que se le ocurriera, era inquietante y casi no dejaba lugar a la concentración de las hojas del libro.

Un susurro vino nuevamente desde la puerta del fondo, llamándolo otra vez por su nombre, en esta ocasión no esperó a que se repitiera el susurro. Rápidamente sacó una cuchilla que había colocado minutos antes debajo de la almohada, previendo que todo volviera a pasar nuevamente, al igual que las noches y la tardes anteriores, y caminó con enojo hacia la puerta, el susurro se hizo cada vez más fuerte y él llamó a quien estuviera adentro, como avisando que iba a abrir la puerta y entrar, tal vez para que lo que sea que estuviera allí se escapara y él no tuviera que lidiar con ese encuentro, o para demostrar que no tenía miedo, aunque sí lo tenía y estaba aterrado. Tomó el picaporte con fuerza e intentó girarlo pero

estaba clausurado desde adentro, apoyó un pie en el marco y con las dos manos intentó hacer que rotara sobre si mismo, pero nada pasaba, estaba trabado o bien alguien desde adentro no dejaba que girara. Golpeó la puerta con fuerza, la pateó y sta insultó en voz alta. La otra puerta, la de la entrada a su habitación, se abrió del otro lado, Carlos giró su cabeza y vio a su tío que cargaba una escopeta, luego colocó un ojo en la mirilla y le apuntaba a él. Repentinamente comenzaron a volar las hojas de Ana Karenina y a escucharse los murmullos que lo llamaban nuevamente. El aire comenzaba a enturbiarse y su tío, siempre apuntando el arma hacia él, avanzaba entre las hojas arrancadas misteriosamente por ese viento nacido de la nada, como en el galpón, avanzaba como si supiera que esa noche se iba a acabar todo sin importar lo que sucediera, sus ojos parecían cansados y poseídos, con un gesto hizo ademán para que abriera la puerta, él lo hizo y el picaporte cedió. Su prima, la del medio, salió gritando un sonido gracioso que sólo buscaba intentar asustarlo en medio de la oscuridad, quizás intentaba una broma con la intención de levantar un poco los ánimos y hacer más amena la noche después de la tragedia en el galpón. Carlos no sabía lo que buscaba su pequeña prima de doce años pero lo que si vio fue como el cuerpo de niña se encontraba con una descarga de perdigones que le rompían el pecho dejando salir intensos chorros de sangre que se impregnaron en la cara de su primo. Carlos sólo atinó a tomar compasivamente el cuerpo de su prima con sus brazos mientras caía, luego dirigió la mirada hacía su tío que no daba crédito a lo que veía, que intentaba despertar de una pesadilla, que tiraba la escopeta y corría hacía su hija que se iba desprendiendo de la vida con una bonhomía infinita, con sus ojos llenos de preguntas, expulsando una lágrima iridiscente como forma de despedida. Después la nada, los susurros perdidos se fueron por la ventana pequeña del cuarto junto con las hojas del libro que ya nadie podría terminar de leer, su tío gritaría y chillaría de igual manera que el llanto del cerdo asesinado por la tarde, su tía llegaría corriendo en un camisón blanco y el resto de sus primas la seguirían en camino a lo desconocido que les arruinaría la vida por siempre. La muerte, en esa familia, sería sempiterna, como el llanto de los cerdos al morir atravesados por un filoso cuchillo que les abre la panza de punta a punta deja al descubierto sus vísceras de colores púrpuras, negras y rojas, con el olor a muerte y a la mierda nauseabunda de las tripas que ven caer delante de sus propios ojos mientras no pueden morir ni parar de chillar sus llantos de cerdos.